

mas que nunca por el elemento moscovita y del cual la Rusia pretende á toda costa formarse un instrumento de sus miras para la disolución definitiva del imperio otomano.

Las dimensiones de este opúsculo no nos permiten entrar profundamente en la discusión de estas altas cuestiones políticas. No hemos querido mas que establecer unos puntos de mira, revelar algunas situaciones, indicar algunas tendencias, lo que creo hemos logrado. Únicamente, y para decir una palabra sobre esa eterna cuestión de Oriente, cuestión desgraciada en que hemos empleado ya tantos discursos y pasado tantas amarguras, repetiremos para concluir, la importancia de una unión con la Europa central, la cual así como la Francia, tiene necesidad de apoyarse en el Oriente, de modo que no sirva esto, ni para la ambición de la Rusia, ni para los proyectos de Inglaterra. La Francia, la Austria y la Prusia, tienen en estos intereses comunes. Sería también impolítico para la Francia situarse en el Oriente bajo la influencia inglesa, que tiene ciertas tendencias para avanzarse hasta el istmo de Suez por el Egipto y la Siria, como para la Alemania el que permitiese á la Rusia, el acabar de trazar al derredor de ella esa espantosa línea concéntrica, con la cual perecería sofocada su nacionalidad. Vigilar en Oriente al elemento ruso y al elemento inglés, dominarlos por esa misma vigilancia, saber oponer el uno al otro, y arrojarlos hácia el Indo, encontrándose entre sí (8) es to-

(8) El último viaje de Mr. de Warren á las Indias Orientales, le ha suministrado datos preciosos acerca de la rivalidad de la Inglaterra y de la Rusia en aquellos países. Resulta de las observaciones de Mr. de Warren, que los ingleses en la parte nordeste del Indostán, se encuentran en contacto con la Rusia. Hay otro terreno, dice con oportunidad la Revista de los dos mundos en un sabio artículo sobre este viaje, en que la Rusia puede luchar incesantemente con la Inglaterra; esta es la China. La Rusia, la única que disfruta privilegios de todas las naciones de Europa en la corte de Pekín, no puede dejar de oponerse con todas sus fuerzas á las intrusiones que los ingleses intentan sobre el litoral. No es dudoso por parte de quién están las ventajas. La Zona superior de la Asia entera, pertenece á la Rusia, mas que pertenece á la Inglaterra el corazón de ese rico continente. Cuando la compañía haya desembarazado poco á poco su territorio de las dinastías que han quedado, se encontrará cara á cara con un pueblo que permanecerá inmutable, y al cual la miseria alejará mas y mas de los conquistadores. Cuando hayan cesado de existir esas

do lo que tendria que hacer la Francia y apoyándose sobre la Alemania, vendria á ser infaliblemente tanto por la fuerza material, como por la mayoría de votos, el árbitro soberano de la cuestión de Oriente.

Una palabra mas. Hemos abordado franca y atrevidamente la idea un poco nueva de una alianza franco-germana, porque la creemos nacional é identificada con los intereses franceses. Pero si pensáramos que estas líneas no habian de ser leídas mas que por los hombres de estado, las borriáramos inmediatamente. Nosotros no nos dirigimos ni al gabinete de Francia, ni á los gabinetes de Alemania. El primero tiene simpatías muy vivas, intereses y compromisos hartos caros que lo unen á Inglaterra, enagendándole la Francia; los otros están dominados por preocupaciones monárquicas por muchas desconfianzas absolutistas, y por una grande sumisión hácia los Romanoffs; ni por un momento nos ha ocurrido escribir para ciegos, y predicar para sordos. No es, pues, á los tronos sino á los pueblos á los que apelamos. Existe una preocupación estéril que importa arrancar de raíz, un liberalismo sin objeto, sin basa y sin lógica, del cual es preciso deshacerse; que no tiene en su apoyo mas que una obstinacion feroz, que nada quiere aprender ni nada olvidar, y que sacrifica todos los intereses de la Francia á repeticiones maquinales. Juguete de todos los fullores políticos, ha servido néciamente de apoyo y de pretexto á las faltas y acaso á las traiciones, que

pequeñas cortes, que animan aquí y acullá á la sociedad moribunda, que abrigen al residente prestándole su autoridad, ya no quedará un punto de apoyo. Tarde ó temprano, desaparecerán esos rajás, esos nobles de que se sirve la compañía para dividir el país, y para fomentar intrigas: ese inmenso territorio no será mas que un solo campo, cultivado por un número infinitamente pequeño de propietarios. No habrá entonces á quien echar la culpa de los malos que sufren tantos millones de habitantes. Si cuatro oficiales europeos han podido por sí solos consolidar el reino de Lahor por algun tiempo, no es difícil que se encuentren aventureros que se pongan á la cabeza de las poblaciones sublevadas. Con su ejército indígena, han difundido los ingleses á su derredor el espíritu militar, mas acaso de lo que les convendría, y esto ha sucedido por falta de número suficiente de tropas blancas. Así que dependiendo la suerte de la India de soldados europeos, el poder de los ingleses estará seriámente amenazado el día en que se anteje á un conquistador del Norte, enviar sus legiones por el camino que siguió Alejandro. Esta contingencia será bastante. La Ingla-

han humillado á la Francia en provecho de la Inglaterra, y que han estado para hacerla bajar al segundo rango de las naciones. Al falso liberalismo, al que se lisongea de progresista con tan poca razon, porque al vuelve la espalda á lo futuro, para no contemplar en lo pasado; á esos hombres de buena fé sin duda, pero dormidos en el seno de un pensamiento muerto, es á los que recordáremos siempre la Alemania hasta que hayan despertado de su sueño y dejado su viejo manto de Austerlitz. Haced de lo pasado lo que debe ser, una historia de gigantes, una epopeya, un culto. Arrodillémonos delante de la sombra inmensa de ese idolo de bronce que se mantiene en pié sobre sus batallas de cobre; pero no olvidemos que el tiempo que sepulta la gloria, señala en su marcha eterna la hora de las naciones, despues de la hora de los héroes. La guerra trabaja al mundo; pero la paz es la que siembra la semilla en los surcos. Lo que nosotros decimos al viejo partido militar mas acá del Rhin, lo reproduciremos á la escuela ultra-histórica de Alemania. Allí tambien se cuentan á hombres puros pero cesalados, que llevan demasiado lejos en los dias perdidos de la historia; un culto esclusivo por formas envejecidas; y por creencias que pasaron tiempo ha. Estas son por la mayor parte generosas inteligencias; mas de tal modo

terra y la Rusia, estos dos enemigos que están presentes en los dos extremos de la Europa, tienen tales condiciones de existencia y de conquista, que no pueden dejar de chocar algun dia, y de debilitarse recíprocamente. La política será entonces abandonarlas á su propio impulso, sin apoyo, sin aliados, sin socorros, y dejar al porvenir que cuide de mantenerlas estrechadas, la una delante de la otra. En el momento de mandar nuestro opúsculo á la imprenta, hemos sabido que Mr. de Cancrino, como ya lo habíamos hecho presentir en el curso de estas páginas, acaba de dejar los negocios y hacer dimisión del ministerio de hacienda en la corte de Rusia. En su carta oficial al senado director, el Sr. conde de Cancrino no señala otro motivo para su retiro que conveniencias personales. El avisó al mismo tiempo al senado que ha dejado también la administración de hacienda, de minas &c. &c. al consejero íntimo Mr. Wronstschenko. Sea de esto lo que fuere, nosotros creemos que se puede asegurar de nuevo, que este acontecimiento en nada cambiará el sistema que actualmente rigió contra los intereses comerciales de la Alemania; porque es necesario decirlo, las prohibiciones establecidas en las fronteras rusas, están apoyadas completamente en la política y en las ideas del emperador.

ligeras en sus sueños, que con dificultad bajan de esas soberbias alturas á los caminos terrestres de la práctica y de la realidad. Vosotros los poetas, mezclad menos las necesidades de lo presente, con la poesía de lo pasado. Vivid con el siglo.

No puede negarse el trabajo sordo pero inmenso que se está operando en la familia germánica; esa es una nacion que se está reconstruyendo. Ella siente como todos los pueblos, el efecto de esos nuevos instintos, que dirigen nuestra época, y convierten todas las ideas hácia las grandes comunidades sociales. Acaso marcha ella á esa unidad por los rodeos delago de la filosofía pura, y le falta algo de esa aptitud práctica que nos distingue. Y esta es la razon para que la Francia y la Alemania, completándose la una con la otra, lleguen á ser la expresion perfecta de la nueva Europa. La Francia con sus tendencias al escepticismo debe hallar infaliblemente principios de muerte en el contacto disolvente y frio de la Inglaterra; y en verdad que el espectáculo de estos últimos años, esa corrupcion triunfante, establecida tanto en nuestros hogares, como en nuestras plazas públicas, demuestra suficientemente el peligro á que han espuesto á la Francia los partidarios de esta alianza. Lo que importa, dígame lo que se quiera, á nosotros los hijos de la enciclopedia, es no tener siempre á la vista, para imitar sin cesar á un pueblo de comerciantes sin creencias, que no profesa culto mas que al oro, ni posee otro entusiasmo que el del egoismo en delirio. Nosotros tenemos necesidad, una gran necesidad de mezclar con nuestra vieja levadura francesa, un poco de esa gravedad sencilla, y de esa escalacion sincera que calienta los corazones al otro lado del Rhin, y se hace considerar como serias tantas bellas cosas, que hemos desfilado con una risa despreciativa.

ANÉCDOTA.

ESTANDO Antonio en Egipto, Cleopatra le proporcionaba cuantos placeres eran posibles para divertirle; entre ellos Antonio prefería el de la pesca, y pasaba en ella la mayor parte de la mañana, sin curarse por esto de su tristezza. Para corregirlo Cleopatra manda á un buzo prenda por debajo de la agua un pescado en el anzuelo de Antonio. Este que lo ve agitarse lo reira, y encuentra un pescado salado. Cleopatra le dice entonces: Quédese para los egipcios el coger pescados, y para los romanos el pescar reyes, ciudades é imperios.

RAPIDA OJEADA SOBRE LOS LEONES.

MODAS.

Desde que comenzamos á redactar el Museo, deseábamos una que otra vez dedicar una hoja para hablar de modas; más día por día se fué quedando este propósito en el olvido. Posteriormente el Liceo ha publicado algunos artículos ilustrados con litografías, y hemos creído satisfecha ya la necesidad del público en esta materia, bien que para algunos sea la variación, decadencia ó progreso de una moda, punto de la mas alta importancia.

Como probablemente la esplicacion de la forma de los chalecos, casacas, &c. sea obra de algunas líneas, ocuparemos un poco mas de papel en hacer varias esplicaciones conducentes.

Nuestros apreciables suscritores habrán oído desde tiempos muy atras designar á los que acostumbra seguir las imperiosas leyes de la moda, con sobrenombres exclusivos. Se han llamado *elegantés*, *dandys*, *petimetres*, *fashionables*, *pisacardes*, &c.: ahora todos estos nombres han caído en desuso, y solo se conocen en Paris con el pomposo título de *leones*.

Quién habia de pensar allí en los tiempos de cristiandad y de religion que el progreso y la ilustracion habian de conseguir que el hombre degradado la noble estirpe, se abatiere hasta tomar el nombre de una bestia feroz que anda en cuatro pies! Pues ello es que no solo sucede, sino que para poderse llamar *leon*, se requieren cualidades de que suelen estar escasas muchas gentes. Al principio las hermosas y amabilísimas lectoras del Museo se habrán escandalizado y asustado al oír el nombre de *leon*, figurándose naturalmente en su imaginación, dientes, uñas y rugidos y.... les explicaremos cómo es un verdadero *leon*, y acaso quedarán (así lo esperamos) un poco mas contentas. Figuraos, queridas mñas, un jóven de veinte á veinticuatro años, delgado, pero muy bien proporcionado y comparado, de fisonomía agradable, ojos grandes y picarrescos, boca pequeña, que al sonreír deja ver dos líneas de dientes de marfil, y su pelo rizado y lustroso dividido con una raya por el lado izquierdo, cae hasta la mitad de las orejas. El *leon* es cuanto á figura á poco mas ó menos como lo hemos procurado describir; pe-

ro ademas, es rico, pues hijo de un conde ó marqués, ó cuando menos de un rico banquero ó negociante de la India, puede disponer solo para sus diges y caprichos de 5 ó 6.000 pesos cada año, así es que se abona con un sastre y diariamente estrena un vestido redondo, como suele decirse; se perfuma con las esencias mas delicadas; usa de los adornos mas elegantes y mas esquisitos; anda en un magnífico *tilbury*, tiene palco en la ópera y en el teatro frances, y concurre á los paseos y á las *soirées* mas selectas, llamando siempre la atencion por la serenidad con que pierde sus escudos al *carté* ó al *voish*. El *leon*, aunque no es literato, conoce los escritos modernos y emite su opinion sobre ellos: el trato social le da cierta viveza y cierta flexibilidad encantadora, y sobre todo, es admirable cuando se dedica á trastornar la cabeza de una beldad; el *leon*, aunque no ha sido granadero de la guardia imperial ni ha asistido al incendio y á las nevadas de Moscu, es de ánimo fuerte, y como ademas posee la esgrima y tira perfectamente la pistola, por quitame allá esas pajas se desafia y se da de balazos ó estocadas con el lucero del alba: el *leon*, por último, reconociendo la superioridad de sus dotes físicas y morales, es inconstante y no está satisfecho si no lloran por él cuatro ó cinco beldades á un tiempo. Este es en compendio un *leon*, amables lectoras, y ya veo que al leer esto sonrien vds. ligeramente y dicen para sus adentros: no es tan bravo el *leon* como lo pintan. Ahora si echais una ojeada á la litografía que acompaña á este artículo, y animais con vuestra imaginación á ese par de elegantuelos, y os los figurais *leones*, aseguramos que no os causarán tanto miedo como al oír simplemente el nombre sustantivo que han elegido para ser conocidos en el mundo.

Esta especie de leones, á la cual pertenecia Alcibiades en Grecia y Byron en Inglaterra, puede considerarse hoy como indigena de Paris; mas es posible que se propague fácilmente, pues los buenos sastres contribuyen mucho á su desarrollo é incremento. En cuanto á México, la juventud actual por lo comun se viste con aseó y elegancia; pero es difícil hallar toda-



MODAS.

Lith. de la imprenta de S. Clara N.º 2.

(*) En uno de los números siguientes publicaremos una estampa iluminada de modas de señoras.

ría entre ella el verdadero tipo de *leon*, y mas bien se notan por una anomalía indefinible algunos *leones viejos* que dan bastante materia para esa suave y dulce conversacion con que se sazonan las comidas del café del *Progreso* y de la casa de Diligencias, que se llama crónica escandalosa.

Concluido este episodio, pasemos al objeto principal de este artículo que es el de dar una idea ligera de las modas. Confesamos que en esta materia no es nuestra autoridad de lo mas respetable; pero nos hemos valido de algunos amigos inteligentes en la materia, y mas bien ellos que no nosotros son los autores de esta parte del artículo.

La estampa que acompañamos, y que es de las últimas que han recibido de Paris los Sres. Cussac y Gaillard, representa uno de los trages mas elegantes que se estilan hoy.

La casaca es de cuello y solapa muy ancha, á la vez que la dimension de los faldones en longitud y latitud ha disminuído mucho. Para que el chaleco pueda verse bien, la casaca no quedará muy cerrada, y á pesar de lo cual, las mancuernas no se usan absolutamente. Los colores mas elegantes para casaca son *bronce de oro* y *verde brillante oscuro*. Estos paños son franceses de finísima clase y los han recibido recientemente los Sres. Cussac y Gaillard, calle del Espíritu Santo núm. 8, y D. Pedro Laforgue en la primera calle de Plateros.

Los chalecos mas elegantes son los de cuello derecho sin vuelta, de sedas claras, y para baje los de *seda brillante* ó con trama ó labor de lama de plata. No han prescrito por esto los chalecos de vuelta que están en uso entre la gente de buen tono, prefiriéndose para el diario los de seda oscuros, piqué claro ó cachemir amarillo caña, que son hermosísimos. En punto á ehalecos, recomendamos los cortes que acaba de recibir D. Pedro Chabrol, calle del Refugio. Son de un piqué cruzado blanco y realzados de forma que parecen bordados á mano. Esto es lo mas decente que puede apetecerse en clase de chalecos de lienzo, y aun se usan tambien para baile.

Los pantalones al menos, segun todos los últimos figurines, se usan en Paris bastante angostos de abajo; pero en México aun no se adopta esa moda, y ningun sastre de tono de la capital ha cortado hasta ahora pantalon angosto. Esto me agrada, pues manifiesta que ya vamos teniendo carácter, y por nuestra parte deseamos que el pantalon se mantenga en un justo medio.

Corbatas de chal ó cuadrada oscuras, bota de charol, sombrero negro de ala ancha, copa regular un poco aclarinada.

Estas modas tienen ya muy poco tiempo de vida, pues se aproxima á toda prisa el invierno, bien que en México es tan benigno, que mas

bien puede asegurarse que disfrutándose de una continuada primavera, no reciben mucha variacion ni las modas de hombres ni las de señoras.

No obstante, en casa de los Sres. Cussac, Urígien, Laforgue, Van-Gool, Chabrol y otros, hay grandes preparativos para las modas de invierno.

Los paltós se harán de un excelente paño labrado café y azul oscuro con cuello y vueltas de seda negra, sumamente largos, cosa que, aunque poco fea para la vista, es muy cómoda, con el punto muy bajo y los botones de una dimension casi igual á la de un peso.

Lo que verdaderamente vale la pena son los caprichosos y excelentes cachemires *imitacion china* de la fábrica de Talamon y compañía de Paris que nos han enseñado los Sres. Cussac y Gaillard y que se emplearán en *chalecos* de invierno de solapa y doble botonadura de seda.

Los últimos casimires llegados son de grandes cuadros escoceses; pero los de fondo oscuro listados y realzados son los que tienen mas demanda.

Uno de los talleres mas acreditados y donde se trabaja con tanta delicadeza como puntualidad, es el de los Sres. Cussac y Gaillard, en el cual hemos visto hermosísimos y finos géneros para toda clase de ropa, tanto de otoño como de invierno. Son recomendables ademas por la estabilidad con que constantemente tratan con sus parroquianos.

D. Pedro Chabrol es uno de los que mejor hacen pantalones en México, así como otras piezas de ropa, en las que se nota elegancia y suma comodidad. Los precios de la ropa de Chabrol son equitativos, y esta es una recomendacion que no debe quedarse en el tintero, tanto mas, cuanto que no abundan en México *leones* que quieran prodigar gruesas sumas en la construccion de chalecos y casacas.

D. Pedro Laforgue, bastante conocido por la elegancia y propiedad con que viste á los militares, acaba de recibir dos excelentes cortadores (no pintados, sino en cuerpo y alma) que tienen una gracia particular para las levitas que se usan de falda regular, de cuello y solapa muy anchas.

El taller de los Sres. Urígien y Ragneau es bastante conocido por la oportunidad con que recibe de su compañero de Paris los mas selectos géneros y los mas modernos figurines. En cuanto á precio no nos atrevemos á recomendarlo; pero se dice vulgarmente que lo barato cuesta caro; y en punto á ropa, vale mas pagar media docena de pesos mas con tal que esté bien hecha.

Recomendamos tambien á nuestro compatriota D. Desiderio Valdes (segunda calle de la Monterilla) uno de los artesanos mas laborio-

sos y honrados que tiene México. Tiene particular gracia para entallar los chalecos y formar con ellos un cuerpo gallardo; su formalidad y la exactitud en ejecutar lo que se le encarga, lo hace digno de que no se consigne al olvido.

En cuanto á sombreros, pocos son (á no ser que carezcan de cabeza) los que no han tenido que ver con los Sres. Ancey y Toussaint (primeros sombrerera del portal de Mercaderes.)

Respecto á la moda de sombreros, no se sigue en México rigurosamente la de París, pues Ancey con una admirable fertilidad de invención cambia á cada paso la forma. Los de última moda en el día son los de ala un poco ancha y copa aclarada, que constituye á poco más ó menos un verdadero *chapeau crombeu* como lo usaba el portero Pipili, de los Misterios de París.—Yo.

CANTATA EPITALAMICA. (*)

En las bodas de mis hijos

FRANCISCO M. SANCHEZ DE TAGLE Y LUISA VILLANUEVA.

De mi amor ¡o dulces prendad!
Perdonad, si lastimado,
Con suspiro mal guardado,
Turbo el gozo conyugal.
No se puede ni las vendas
Manejar de fresca herida,
Sin que al alma dolorida
Se le escape el ¡ay! fatal.
Tú contemplas, alma santa,
Desde el seno del Eterno,
De tu esposo fiel y tierno,
El perenne suspirar.
Tú bien sabes que le espanta
La idea sola de alegría:
Pero quieres que este día
No la enturbie mi llorar.
Hubo un tiempo en que á tu lado,
Con tu dicha venturoso
Divisaba, ¡ay mi gozoso!
El presente día lucir.
Llegó ya; mas duro el hado
A recuerdos me condena;
Templa el gozo con la pena,
Mezcla llantos al reír.
Dolor cese y sus escusas;
Laurel cñe el pelo cano;

(*) La aceptación que mereció la poesía del Sr. D. Francisco Manuel Sanchez de Tagle, que insertamos hace pocos días en el Museo, nos obliga á copiar la presente, complacidos en reproducir en nuestro periódico las armonías de nuestro insigni y apreciable poeta.

Fuego abrasa el pecho anciano,
Que ya usaba en el arder.

Sacerdote de las musas,
Hoy con brazo muy seguro,

Voy el velo del futuro
Reverente á descorrer.

“La voz divina que en Eden hermosa
Sonó fecunda, por la voz primera,
Cuando de la costilla misteriosa
Formó el Señor al hombre compañero,
Y al bendecir al par, mandó bendoso,
Que se multiplicara y que creciera;
Hoy moviendo del templo los cimientos,
Habla á mis hijos; escuchadla atentos.”

“Yo, dice, que estendi con voz potente
Ese cielo de luces tachonado
Cual bóveda del orbe, y la fulgente
Llanura encendi del sol, que no ha menguado,
Y di á la tierra asiento permanente
Sobre el éter fugaz nunca palpado;
A los humanos fabriqué de lodo,
Y quiero perpetuarlos de otro modo.
Unase el hombre á la mujer y forme
De dos séres un sér: su complacencia
En ella ponga: sus desos conforme
Cuerdamente á los de ella: en mi presencia
Sus voluntades mi designio norme:
A otros hombres como él de la existencia;
Y renaciendo en los queridos hijos,
Mire su sér y sus destinos fijos.”

“O Dios de amor y sin igual potencia,
Que desde Adán, colocas en el hombre
De su desconocida descendencia
Los millares, sin número ni nombre!
¿Quién que no acata habrá tu providencia?
¿Quién que de tus designios no se asombra?
Yo te adoro; en mi prole te bendigo,
Bondadoso con ella, y mas conmigo.”

Francisco y Luisa queridos,
Ya escuchasteis al Señor;
A su precepto rendidos,
Arda puro vuestro amor;
Sean vuestros gozos cumplidos.
No tenga noche este día,
Primero de vuestra unión;
Jamás congoya sombría
Vierta en vuestro corazón
Amarga melancolía.

Ya veo con ojos rasados,
Con el llanto del placer,
Frutos de amor sazonados
En torno vuestro crecer,
Pimpollos adorados.

Fijárase al lado vuestro
Amor, paz y dulce calma;
Prestándose los brazos diestros
Seréis un cuerpo y una alma
Escanta de mal siniestro.

A mis pesares constelo,
Y á mis penas lenitivo
Daría vuestro amor y celo
Muerto en mí, en vosotros vivo,
Y me es ya grato este suelo.

Vuestro esmero, los enojos
Mitigaré de mi suerte,
Con él cerrareis mis ojos
Cuando me pida la muerte
Mis humanas despojos.

Caros hijos, yo predigo
Mil venturas venideras....
Dios confirma lo que digo....
Mis palabras son certeras....
Sed felices.... Yo os bendigo.

UNA LETYENDA

DE LA ÉPOCA DE LUIS XI DE FRANCIA.

I.

ESCENAS DOMÉSTICAS.

—VUELVE á abrazarme, hija mía; yo te juro que no será larga mi ausencia.

—Papá; pero ¿por qué no me llevas contigo? te contaré cuentos en el camino, te prepararé tu lecho en las posadas, cuidaré tu sueño.

—Eso exigiría mayores trabajos, Carlota; el vulgo mancharía tu reputación virginal.

—Papá, quedarme así tan sola, y dejar de ver París tan bello, con todos sus caballeros y sus carruages, y sus calles con palacios soberbios!

—El llamamiento del rey es tan violento, sus órdenes tan decisivas, su carácter tan tenebroso y.... Prescinde, hija mía, de ese deseo que nos atormenta: tú no quedarás sola, he dado mis órdenes para que me esperes en una quinta cerca del castillo d'Arval, he tenido noticia del éxito funesto de la última tentativa de Carlos el Temerario y de su muerte irágica; mi hijo Enrique.... abandonando por unos días la turbulenta carrera de las armas, se reunirá á tí, y quizá, Carlota, no está lejos la realización de mis sueños de felicidad.... Y dominando su conmocion el baron de Breuil, prosiguió, dando á su voz cierto acento de delicada ironía:—

—Ya lo ves, Carlota, no quedarás absolutamente sola....

La niña inocente se ruborizó y bajó sus párpados, porque temió que en aquellos momentos, su excesivo gozo ofendiese al baron en los instantes de una partida dolorosa.

Suspensos, mudos por algun tiempo los interlocutores que acabamos de describir, y probando sin duda alguna opuestos sentimientos, el baron se paseaba á grandes pasos por la estancia, se detenía indeciso frente á la gentil celda, y se volvía presuroso, comprimiendo sus

labios, como para recoger la palabra que iba indirectamente á proferir.

La niña por su parte, seguía distraída con la vista los movimientos del baron, y sonreía con las lágrimas en los ojos, ya arreglando los bucles de su cabellera hermosa, ya recorriendo sus dedos maqinalmente una á una las perlas de su soguilla reluciente.

Por fin, el baron Breuil recobró su serenidad, acercóse con aire resignado á Carlota y la estrechó en silencio contra su corazón; la niña puso al cuello del baron un relicario que recibió éste con tierna veneracion: entre sus sollozos le repitió sus encargos de modas y diges.... A poco se escucharon las cadenas del puente del castillo, el ruido de las armaduras del baron, y los quejidos del Medoc, galgo favorito del baron, que volvió místico á lamero doliente la orla del vestido de la joven Carlota.

II.

LUIS XI.

“Cómo os referiré los últimos días de la vida del rey Luis XI! ¡Orguloso y trémulo delante de la muerte, encenegado en pérdidas negociaciones diplomáticas; y fanático, recurriendo al cielo empujado de su agonía prolongada! ¡Rotándose de guardias y espías; levantando cadalsos y obedeciendo aterrado el mandato de Francisco de Paula, para que se arrojase á confesar sus culpas! ¡Cómo describiré el pueril engalanamiento de su cadáver viviente, y sus gustos frívolos, para hacer patente el contraste que ofrecian con sus embajadores de Europa, y con sus proyectos para un porvenir que no esperaba! La lira del bardo, la inflexible pluma del filósofo, la severa ojeada del historiador, se han ocupado ya de los últimos días del monarca extravagante y terrible. Diré solo que en su palacio de Plis-des-Tours, duplicadas las murallas y las rejas, los guardias y las precauciones de todo género, circuido del terror público invisible á él, le hacian ruido sus viles favoritos, para que no escuchase los pasos de la muerte.

Desde allí fulminaba sus sentencias terribles, como las últimas explosiones de la nube tempestuosa que se aleja; desde allí decretaba prisiones y muerte contra los partidarios de su hijo Felipe; desde allí, enruelto en la tiniebla como el Jupiter de la fábula, fulminaba sus certeros rayos contra los miseros mortales.

Objeto de su ínfimo rencor era, hacia mucho tiempo: el baron Breuil, amigo sincero del duque Carlos, habia combatido con decisión en sus filas; después esquivando la existencia aventurera del Temerario, se refugió en la vida privada, protegiendo las huestes irresistibles de su hermano de armas el conde d'Armagnac; y

abrazando en silencio la causa de Felipe, cuyo advenimiento al trono se veía generalmente como el solo antídoto contra la feroz tiranía de Luis XI.

Cuando Enrique de Breuil, por causas que no son para mencionadas en este lugar, empuñó con su mano de niño una lanza rebelde en favor de los derechos de Felipe, la irritación del rey llegó á su colmo, y en una carta llena de sombría concisión, manifestó al baron, que puesto que su hijo había marchado á los combates, él necesitaba la cabeza del baron, aunque no el cuerpo.

El inesperado llamamiento del rey al baron, confirmó á este último en sus temores; por eso rechazaba la compañía de Carlota; por eso pretendía ocultarla en la apartada quinta cercana al castillo d'Arval; no obstante que atroces sucesos lo arrancaron de aquel sitio, desde el día solemne en que á la faz de los cielos juró moribundo adoptar á Carlota por su hija, y unirla á Enrique con vínculos eternos.

III.

LA RED.

Justo será para la mejor inteligencia de esta historia, evocar los tiempos felices de la infancia de Enrique y de Carlota.

El baron d'Armagnac, como hemos dicho, siguió constante la suerte de Carlos el Temerario; las plumas de su soberbio casco fueron siempre el signo de la muerte y la victoria. Era riudo el conde; Carlota, la hija única de su ternura, desde niña había vivido en union de la familia del baron de Breuil, residente en la quinta mencionada, y mientras, los dos guerreros desafiaban en los combates la muerte. Enrique y Carlota ignorando su origen, ignorando tambien los peligros de los autores de su existencia, alimentaban ese amor infantil, que cria en nosotros una segunda naturaleza; se ama con la inocencia del alma, con la pureza del niño, con la virginidad sublime del corazón. Se amaban sin saberlo, sin decirlo; pero se amaban ¡Dios mío! se amaban cuanto mi pluma no puede revelar.

Se amaban con el ambiente, y respiraban con la luz que los alumbraba, con el perfume de las flores, con el canto de las aves, con la naturaleza toda que intercedía y sublimaba tan cándida y tan ardiente pasión.

Faltaba á este amor una sola cosa . . . que lo santificara el infortunio; el destino ¡ay! no le rehusó lauro tan costoso.

Un favorito del rey, espía de los movimientos de los señores rebelados, se apasionó perdidamente de la joven, y como es de suponerse, complicó en sus viles maquinaciones políticas, los inocentes nombres de Enrique y de Carlota.

Su objeto era deshacerse del joven Breuil, trasladando á Carlota á la corte, y ya debe sospechar el resto de tan torpe intriga el perspicaz lector.

Semejante atentado no pudo fraguarse tan silenciosamente, que no lo percibiese Bertrand, digno ayo de los jóvenes; que puso en conocimiento del baron Breuil todos los pasos y temores que le infundía el perverso favorito.

IV.

CANDOR DE BERTRAND.

Era la tarde; el sol poniente ya alumbraba opaco y melancólico; ya aparecía en todo su esplendor, segun cubrian su faz ó se alejaban algunos dispersos nubarrones que giraban errantes en los cielos: desde el jardin risueño de la quinta que embalsamaba con sus perfumes la mansa brisa del crepúsculo, se divisaba la austera muralla del castillo d'Arval, y sus altos torres coronados de almenas, se dibujaban en el azul purísimo del horizonte.

Los inocentes jóvenes reposaban cabe los añosos troncos de unos árboles: el fiel Medoc, gacha la oreja, el aguzado oído levantado, las manos tendidas hacía delante y la vista fija en Bertrand, parecía escuchar y comprender lo que el escudero leía; y ¿quién lo creará! Leía el escudero los amores de unos pastores. ¡Candoroso escudero, lectura deliciosa para los jóvenes!

Oigamos á Bertrand, que con la mayor buena fé, con su vista cansada y con voz indiferente, incendiaba las venas de la pareja embebecida.

Era un frondoso rosal
Hijo galano del cielo,
Que nutria un arroyuelo
Con su linfa de cristal.
Llamábanle el sin rival,
El monarca de las flores,
Ramo de gratos olores,
Era á los vientos amigo,
Y era dosel y era abrigo
De los pájaros cantores.

A él se acercaba María
En las mañanas de estío,
Y en la onda pura del río
Se miraba y sonreía.
En las ramas se escondía
Al ver venir su zagal,
El que con ansia fatal
Viendo frustrado su empeño,
Le decía: Ven, mi dueño,
Tiene espigas el rosal.

Luego, fingiendo furoros
A la pastora reñía,

Y la jovencuela huía
Cubriéndose con las flores.
Le seguían los pastores,
Ella escapa, él persistió,
La joven dice que no,
Él buscaba su despique.
—¿Qué dices del cuento, Enrique?
—Que lo mismo siento yo.

Corre la joven esbelta
Evitando astutos lazos,
Y él la sorprende en sus brazos
En una traidora vuelta.
Ya no correrá resuelta
Que el pastor la aprisionó.
Ya el sueño se realizó
De la esperanza remota.
—¿Qué dices de eso, Carlota?
—Que lo mismo siento yo.

El bello rosal crecía,
Sus flores con gracia estrema
Eran ornato y diadema
De la frente de María.
Bello rosal, ¡feliz día
Que á la joven alumbró,
Cuando junto á él se escondió
Dulce hechizo, amable ríña!
—¿Qué dices del cuento, niña?
—Que lo mismo siento yo.

Una ocasion el zagal
Hojas de rosa cogiendo,
Las estuvo comprimiendo
Con sus labios de coral.
La pastora virginal
Lo miraba con fervor;
Y entre gozo, entre temor,
¡Inocente pastorcilla!
Quitó del lábio la hojilla
Con un gusculo de amor.

Mas ¡ay! alumbró otra aurora,
Y María por su mal,
Vió una flor de su rosal
Adornando otra pastora.
En vano la triste llora,
El vil zagal nada oía;
Pero volvió triste un día
Y halló entre marchitas rosas,
Las formas blancas y hermosas
Del cadáver de María.

—Cuidado, cuidado, exclamó Bertrand atónito: ¿quidado! y veía con cara estúpida que los jóvenes ardientemente abrazados se juraban un amor eterno; juraban fidelidad, juraban no abandonarse como el ingrato pastor de la leyenda.

Revelacion instantánea, sublime, depósito eléctrico que necesitaba un choque, una chis-

pa, para incendiarse: ¿cuál fué el pedernal que produjo el voraz incendio? El candor de Bertrand. Del éxtasis de amor, del aniquilamiento de la razon del escudero, de los contrastes que produjo aquella escena. . . . Los sacó un ruido de caballos, y la llegada de tres desconocidos, que entrando precipitados al jardin, se acercaron á los jóvenes, pronunciando con solemnidad estas palabras:

—“Daos presos en nombre del rey;” y se descubrieron satisfechos, presenciando con regocijo el estupor del escudero, y el terror y asombro de los jóvenes.

V.

EL HOMBRE PONE, Y DIOS DISPONE.

Como quien acomete un rapto, lanzáronse los bandidos sobre el escudero, que apenas opuso resistencia; la joven, poniendo una mano delante de sí, se asió con la otra desfavorida del vestido de Enrique, que fingiendo sorpresa, indeciso, acochó un momento favorable, y separando á Carlota, colocóla á su espalda; avalanzóse sobre uno de los ministriles, y principió una lucha obstinada y mortal.

La sombra de la noche envolvió á los combatientes: el fiel Medoc se convirtió en atleta; ganaban y perdían terreno, y la aterrada joven lanzaba gemidos lastimeros. Ya circulan los adversarios á Enrique; ya por una diestra escaramuza distraían su atencion y le oponían los aceros, mientras un tercero pugnaba con la joven para alejarla de aquel sitio. Entonces sus esfuerzos eran desesperados; gotaba el sudor de su frente abrasada, y se multiplicaba denodado; por fin, uno de los poderosos raptores lo asió por la espalda traidoramente; se adhirió á ella, retorció sus brazos, trabó los suyos, y en aquella actitud veía alejarse á su amada en manos de un soldado brutal, ante quien se arrojaba suplicante. Ya se perdía la tónica de la virgen en las estremidades del jardin, cuando el perro dejó de aullar, y vino á su amo saltando, gruñendo con júbilo, agitando su cola con gozo extraordinario.

A poco oyóse la voz de trueno del baron, de: “muere, cobarde,” y el ruido de una armadura que caía de súbito en el suelo. El ruido comenzó de nuevo, era del choque de los aceros. Enrique sujeto como á una argolla de hierro, oía la voz de su padre, los gritos de algunos compañeros de los raptores que habían quedado fuera de la quinta; los aullidos de Medoc, los lamentos de la adoracion de su alma.

De súbito escucháase el tropel de la gente que huía; el opresor de Enrique lo abandona, éste corre hácia su padre, y lo encuentra moribundo en brazos de Carlota libertada.

¿Qué no debía Enrique en aquellos momen-

tos al autor de sus días? Rudo el baron, pero de un pecho leal y generoso; áspero en sus modos, esquisito en su sensibilidad, era como esos volcanes coronados de nieves, crizados de rocas, que en sus quebras alimentan las flores mas delicadas y hermosas. Cuando dijeron al baron los reconocidos jóvenes, cuantas atenciones le prodigarán, no diré, porque hay sentimientos que si no se comprenden cuando se indican, desfallecen y se marchitan con el ligero contacto de la pluma, con el levísimo soplo de la voz humana.

—“Enrique, dijo el baron á su hijo luego que se lo permitió la gravedad de sus heridas.

“Enrique, tú amas á Carlota (los jóvenes se vieron ruborizados, Carlota dejó deslizar la mano del baron que calentaba entre las suyas). Yo permití este amor, porque era una alianza de dos corazones generosos y nobles; porque esa alianza era el solaz que preparaba á mis fatigas de guerrero; porque esa union era un espectáculo hermoso tras mis sueños de gloria; mil veces al frente del peligro, columbrando los muros de Morat, mi hermano de armas y yo, hemos sonreído con vuestra ventura. — Al sonar el toque de guerra contra los suizos, acercóseme Armagnac, y con voz conmovida, y con una espresion de semblante que nunca olvidaré, me dijo:

“De Breuil, si yo muero, sé padre de nuestros hijos:” yo puse la mano sobre mi corazon, el caló su visera y se reunió á los suyos; triste me hubiera sido presenciar su llanto.

“Terrible y sangriento fué el combate: las aguas del lago Morat tendrán aún un color de púrpura que espante; dispersáronse nuestros valientes, y abandonamos convulsos á los guerreros que fueron gloria de nuestra causa.

“Yo di aviso á Cárlos de que un gran peligro me amenazaba; los cascos de los servidores de Armagnac me iban indicando la ruta; ya no cubrirán las altivas frentes de sus dueños invencibles!

“Lo demás lo sabéis, hijos míos: Enrique, forzoso es que vuelés á reparar el honor de tu padre; ha principiado el sitio de Nancy, mi ausencia de él es un baldón; no pido mas premio por la salvacion de tu amada; no puedo suplir otra cosa como frances y como padre; los caballos de mis compañeros de combate relinchan impacientes; en los huecos de mi armadura cómo ha de continuar silbando el viento, mientras se levanta en Nancy tal vez el último clamor de guerra? Vé, hijo mio, hazte digno de mi y de Carlota; ve, y el Dios de las batallas dé esfuerzo á tu brazo.

“Abrazáme, hijos míos, encanto de mi corazon: abrazáme otra vez.

“Dios guie tus pasos, jóven guerrero.”

VI. DESCRIPCION DE Y LA CARTA.

A los pocos dias de la partida de Enrique, separóse el baron de la quinta d'Arraj, buclóse en otro sitio con Carlota, donde supo la desastrosa muerte de Cárlos, y la aparente indiferencia que en aquella lucha encarnizada habia guardado Luis XI. Despues de que Luis se desdizo del duque de Borgoña, continuó persiguiendo á sus enemigos, y sus favoritos decidían de las vidas de todos con inaudita facilidad.

Separado Enrique de Carlota, sorprendido el secreto de la existencia del baron de Breuil, no hubo obstáculo de ninguna especie para hacer que el rey le escribiese una carta de engañosa amistad, invitándolo á que se le presentase, y encargando al resentido amante de Carlota, de ejecutar la prision del baron donde mas oportuno le pareciese.

El baron, que tuvo este presentimiento, puso en seguridad á Carlota, dejó aviso para que se le reuniese Enrique, y concibió el proyecto de alejarse por algun tiempo del teatro de tantas desgracias; pero sus cálculos salieron fallidos, porque el sagaz favorito espó sus pasos, lo sorprendió á poca distancia de su castillo, y en nombre del rey ejerció cuantas tropelías le sugirió su venganza.

VII.

LA VUELTA DEL GUERRERO.

Habian pasado ya algunos dias, sin que la hermosa Carlota viese en su quinta ni un indicio del regreso de Enrique; tampoco noticia alguna del baron de Breuil vino á dulcificar los horrores de su profunda soledad, y como entregada al ciego destino, no podia discurrir sobre su suerte futura, porque una tiniebla misteriosa rodeaba su existencia ocultándole su porvenir. Recorría melancólica los lugares que fueron teatro de sus juegos inocentes, de sus amores infantiles; el árbol y el arroyo, la fuente y el otero sombrío, todos estos objetos se relacionaban con sus recuerdos, vivían para testificar su dicha perdida. ¡Pobre niña! Sentía el aislamiento del alma, juventud cargada de esperanzas y de recuerdos, combatida por el huracan del infortunio.

Una tarde á la hora del crepúsculo, en el mismo lugar, con la misma perspectiva solemne, en que una imprudente leyenda de Bertrand, produjo aquella declaracion instantánea de amor, la niña escuchaba, tambien una conseja del taciturno escudero: la escuchaba con interés, porque era su propia historia, designada por la supersticion y la barbarie de los campesinos de la quinta.

Contábele el escudero, cómo dos niños peñó-

cipes que se amaban con pasion intensa, dieron en visitar el abandonado castillo d'Arraj; recorrianlo todo, y estaban sus murallas destruidas: en la techumbre de las habitaciones se retorcía la enredadera y la campanula; sus puertas giraban sobre sus goznes á la merced del viento; en los pliegues de la túnica de las estatuas de mármol, habian anidado las aves, y hierros mohosos y escombros sin cuento, detenían el pié en los patios silenciosos y estensos.

Niños se entregaban á sus juegos inocentes en el abandonado castillo, y á la sombra de una estatua mutilada, descansando de sus pesquissas insustanciales.

Una vez que quedó la niña solitaria, tuvo pavor de verse en aquel sitio: alzó los ojos, y le pareció que las paredes se alargaban hasta tocar los cielos: fijó la vista en las estatuas, y movian sus párpados como despertando de un sueño profundo; quiso gritar la jóven, y en sus fauces quedó ahogada la voz; pretendió huir, y sus piés se hundian y jugaban en el fango sangriento del suelo: la luna comenzó á dejarse ver, plateando la yedra de las ruinas, alumbrando por partes, por partes oscureciendo los corredores; ya penetrando en las aberturas de los muros, ya dejando ver el cielo en los techos destechados de la habitacion: enmedio de su pavor, la niña hizo un esfuerzo, su túnica estaba asida á uno de los brazos de la estatua, pugnó por desprenderse, apoyó una de sus manos contra el mármóreo pecho de su aprehensor y la retiró húmeda, yera sangre, sangre tibia y humeante! entonces la niña arrojó un grito agudo, intenso, que fué vibrando hasta perderse en los subterráneos del castillo.

Entonces el castillo se conmovió hasta sus cimientos; una luz súbita lo iluminó; las estatuas dejaban sus sitios, y pasaban á su derredor, riendo como insensatos: todo era movimiento. — Despues la luz se estinguió, la niña volvió la vista, estaba en un llano frente al castillo, junto á un lago de sangre caliente todavia.

Nadie en lo sucesivo se acercó al castillo; vieronse reforzados sus puertas, y levantado el puente; en la noche se oyen crugir sus cadenas; algunas luces errantes se divisan por sus ventanas; algunas fantasmas salen despues y se evaporan entre las nieblas de la mañana, con los primeros albos del día.

Carlota habia escuchado esta relacion con cierto pavor: recordaba el desafio del baron, su partida, el rastro de sangre que dejó frente á los muros del castillo donde habia caido, persiguiendo á los viles raptos: por un movimiento involuntario se volvió, creyendo escuchar un ruido extraño, y se encontró en los brazos de Enrique, que habia escuchado inmóvil la extraordinaria leyenda de Bertrand.

Cuanto se dijeron los amantes, cuan ardiente fué su raptó de ternura, cuan interminable su conversacion de amor, de batallas, de recuerdos, de regocijo y de lagrimas, ¿para qué decirlo? Dicen los místicos, que el mortal que vieta los cielos, moriria de placer; para los jóvenes, aquel día comenzó una nueva existencia.

Sin embargo, Enrique nada sabia de la suerte d'Armagnac, ignoraba tambien cual era el destino que la ferocidad del rey y las maquinaciones de sus aduladores habian deparado á su padre, y esto, unido á la siniestra relacion que habia escuchado al llegar á la quinta, escaltó su mente, y perturbó el placer que se prometia su corazon apasionado.

Tornóse el doncel meditabundo y sombrío; á menudo rondaba las altas murallas del castillo, reparadas hacia poco tiempo de orden del rey: todo el castillo estaba resguardado por una tropa, por decirlo así, invisible y desconocida de la gente de los alrededores.

VIII.

EL TRIUNFO.

Impulsado Enrique por la curiosidad y por su carácter ardiente y novelesco, quiso penetrar á toda costa, al castillo, no obstante la resistencia de Carlota; avivó mas su curiosidad la vista de tres hombres, que cautelosamente embozados penetraron al castillo á deshora de la noche.

Encomendando su alma á Dios, y el éxito de la aventura á su brazo, se deslizó por un subterráneo que daba fuera del parque, en un lugar cubierto de maleza.

La ausencia completa de luz, la cesacion de ruido, lo temerario de la empresa, solemnizaban aquel deseo que podia ser de resultados fatales para Enrique: oscuridad y lobreguez horrible, humedad malsana en las paredes, obstáculos al paso, y el eco de su respiracion que contenia el denodado jóven: empuñado ya, era una afrenta retroceder; besó obediente la eggie de la virgen que llevaba á su cuello, requirió su espada, y se avanzó decidido por el dédalo sombrío; de repente se halló con la vista del cielo en un punto desconocido, vió las mismas estatuas, la propia yedra, los escombros de la leyenda fantástica. Estupefacto quedó algun tiempo frente de aquella escena pavorosa y muda, cuando hirió sus oídos un quejido hueco, lejano, como si saliese de las entrañas de la tierra: dirigióse al lugar, bajó algunas gradas, fijó la atencion, y escuchó la respiracion quejosa de un infeliz; iba á dirigirle la palabra invocando el nombre sagrado de Dios, cuando se oyó ruido de armas.

Replegóse Enrique al mas apartado rincón del subterráneo, y vió penetrar como sombras

varios guerreros armados de punta en blanco que á la luz de unas hachas se colocaban en cuadro enemigo de la pieza.

Entonces se desprendió un hombre con un garfio en la mano y exclamó: "viva el rey."

Dejóse ver en aquel instante el objeto que circundaban los soldados: era una jaula de hierro cuadrada, en donde se revolvíra como una fiera un mortal. . . . Tenía el semblante pálido, los ojos desecados, la barba erizada, el conjunto salvaje y repugnante. . . .

Enrique pasó la mano sobre sus ojos y su frente helada; parecía una pesadilla horrible, creía reconocer á su padre.

—Tengo sed, exclamaba el prisionero rechazando el trozo de carne que se le presentaba en el garfio de hierro.

Era la voz del padre de Enrique. . . .

—Bien, bien; que se le dé agua, exclamó entrando un nuevo personaje; el viaje que tiene que hacer, es largo.

—¿A París!

—Mas.

—¿A Plandes!

—Mucho mas.

—¿A América! . . .

—Mas todavía: á la eternidad.

—¿Me conoces!

—Te maldigo, te maldigo, Gringoir, raptor de mi hija, ¿Cobarde!

—Maldice, leon encarcelado; maldice, no tienes facultad de que llegue á mi tu garra.

—¿Villano!

—El villano tiene entre sus garras al caballero; el buitre aletea de júbilo sobre el cadáver del leon.

—¡Infame! Y los ojos del baron centellaban, sus manos adheridas agarrándose de la reja, parecían brotar sangre.

—¡Ah! ¡Ah! ejercita tu pujanza, el mas fuerte choque de tu casco no hará mella en esas barras reforzadas.

Enrique no pudo sufrir mas: con voz de trueno gritó: "Venganza," las teas se estinguieron, comenzó en la tiniebla una lucha mortal y encarnizada.

—¡Hijo mio! ¡hijo mio! sálvate; déjame morir, gritaba el baron revolviéndose en su jaula, queriendo descubrir á su hijo, sintiéndolo morir. . . .

La lucha fué momentánea, reaparocieron las luces, el suelo estaba sembrado de cadáveres, Enrique victorioso combatía contra algunos, que solo trataban de defenderse de sus certeros tiros; pero el número era muy superior: por un momento fué la lucha indecisa; apoderáronse de Enrique, y Gringoir exclamó: "Rapazuelo, cuán vivo eres! tú quieres dar un espectáculo gra-

cioso á tu padre, el de tu muerte.—Tío Pedro, haz tu oficio."

Y un sayon de ancha espalda, corto cuello, nariz roma, y ojos pequetisimos y vivaces, extendió unos luengos cordales, y contra la reja de la jaula ató al prisionero, aprestándolo para la ejecución. ¡Infeliz padre!

—Rapazuelo sagaz, continuó Gringoir, tú has venido á realizar mis deseos, á ahorrarme una jornada; ¡cuán vivo eres! Figúrate (prosiguió jugando con las borlas de su capilla), yo puse aquí á tu padre para vigilar al mismo tiempo á mi futura. ¡Qué bella es! somos de un gusto.

Enrique inclinó la cabeza como para desahucarse el cráneo junto á la reja. Esfuerzo inútil: la respiración del baron era cuasi estertor!

En aquellos momentos se escuchó un tropel confuso en el castillo, gritos de vivas, algunos tiros, señales de regocijo!

—¡Bien, bien, gritaba entusiasmado Gringoir, muy bien, festin solemne: pasad, pasad, ¡é inundó la multitud el subterráneo! El verdugo quedó inmóvil, con la tremenda cuchilla en las manos; los soldados del déspota se aterraron; Carlota estaba en los brazos de Enrique!

—Luis XI ha muerto! gritó el baron d'Armagnac.

—Luis XI ha muerto! repitieron con júbilo las víctimas.

—Luis XI. . . dijo cayendo agonizante Gringoir á los pies de un soldado del baron.

—¡Por qué está solitario y desierto el castillo opulento d'Arval! ¡Por qué ha quedado huérfano y sombrío el monarca de los castillos, la mansion de los éspiritus!. . . .

Los labradores se alejan espantados de sus muros; en la mano de una de las estatuas de su patio, alumbra el sol el cráneo horrible de un mortal.

Pasaron felices los descendientes de los barones de Breuil y de Armagnac frente á sus quebrantadas puertas y se cubrieron el rostro, y espiraron espantados desde su puerta sin penetrar.

Pastores de la comarca, huid, huid del castillo misterioso d'Arval.—GUILLERMO PRIETO.

REMITIDO.

Distribucion de premios en el Colegio Seminario de Mexico, hecha la noche del dia 25 de Agosto del presente año.

ESTA clase de solemnidades literarias, ya se consideran como simples indicadores de los adelantos del pais; ya se vea en ellas un objeto de estudio para deducir el espíritu que reina en nuestros diversos establecimientos de enseñanza pública; ya se atienda al estímulo poderoso que presta á la juventud estudiosa una

concurcencia lucida, delante de la cual se proclamen los trabajos y fatigas de cada año, y se publiquen los triunfos del talento y la dedicación, debe llamar sobre sí el interés de los ciudadanos, y atraer un concurso numeroso y brillante. Y de facto, cada año crece notablemente el que acude á las diversas distribuciones de premios de nuestros colegios; tal vez ha contribuido tambien á ese aumento en la concurrencia, la ejecución de algunas composiciones musicales de mérito y populares, y la lectura de piezas literarias con que de algun tiempo á acá se han procurado variar y hacer mas agradables estas funciones. Sea de esto lo que fuere, las distribuciones de premios del Colegio Seminario, á pesar de hallarse escluidas de concurrir á ellas las señoras, y de no haberse puesto el mismo empeño en hacerlas variadas por iguales medios, tienen cada año una concurrencia mas numerosa, y que cada vez se hace mas difícil contener en el reducido local en que ellas se verifican. La capilla de dicho colegio en que esas funciones tienen lugar, es muy pequeña para un concurso medianamente numeroso: los solos alumnos actuales, son ya por sí bastante á ocuparla en una gran parte; hay de especial en el Seminario, que todos sus hijos por largo que haya sido el tiempo que hace que concluidos sus estudios se separaron del establecimiento en que los hicieron, tienen una especial complacencia en asistir á esta funcion anual, en que acaso van á renovar algunos recuerdos gratos de su infancia y de su juventud, las dos épocas mas hermosas de la vida, y agregado á este concurso, por decirlo así, doméstico, el extraño que indiferentemente acude á todas las distribuciones de premios de nuestras diversas escuelas, se hace verdadera y físicamente imposible el colocar toda la concurrencia, para la que tal vez no bastaria un local doble en un recinto tan estrecho.

Cada vez se hace mas notable este inconveniente: cada año crece á la vista el grupo de personas, que agolpadas en pié á la puerta de la capilla, procuran en vano escuchar al orador. En el interior del salon, no es menos incómoda la situacion de las personas que con suma dificultad han logrado un mequino asiento en que colocarse. El calor, resultado necesario de un concurso muy superior á la capacidad del local y de las luces que lo iluminan, es escesoivo: todos los asistentes están sudando abundantemente; para enfríarse lo necesario y tanto cuanto dicta una buena higiene, apenas bastaria una media hora, y eso suponiendo que previamente hubiese sido desocupado el salon, lo que no puede conseguirse sin que una gran parte de la concurrencia pase sin transicion gradual, de una temperatura demasiado elevada, á la fria

y á la húmeda de la atmósfera libre en una noche de la estacion de lluvias. Preciso es convenir que no ha sido hasta hoy muy paternal la conducta de los superiores de ese establecimiento con sus alumnos presentes y antiguos, ni muy galante la que observan con los concurrentes extraños, espouñiéndolos á los graves accidentes y enfermedades á que da origen una transicion brusca en la temperatura. Estos inconvenientes, que se hacen cada vez mas perceptibles, es muy de esperarse se remedien cuando el colegio se traslade al antiguo edificio de la Inquisicion; pero aun cuando ese suceso, que desde tanto tiempo hace se está anunciando, sin que llegue por fin á verificarse, no tenga lugar para los cursos próximos, escitamos el celo del señor rector y demas superiores de dicho colegio, para que desde el año venidero adopten medidas que basten á remediarlos, y en que tanto se interesa la buena policía que debe reinar en los establecimientos públicos, sobre todo en los destinados á la educacion de la juventud. Previsas estas ligeras observaciones generales, es ya tiempo de contraernos en lo particular á la solemnidad de la distribucion de premios que tuvo lugar en la noche del 25 del último Agosto.

Los oradores, á quienes los años próximamente anteriores habia confiado el colegio el noble encargo de hacer el encomio de las ciencias, trazar un breve cuadro de sus adelantos, y de manifestar la influencia poderosa que ejercen en la felicidad y suerte de los pueblos, habian entendido su deber de una manera singular y peregrina, y nos habian habituado á no esperar en las oraciones de premios del Seminario, otra cosa que un sermón animoso, parcial, y lleno de vulgaridades y lugares comunes contra los filósofos del siglo pasado. Declamaciones apasionadas contra escritores que no han leído, y de cuyas obras apenas conocen los títulos, tomadas de libros que todo el mundo tiene en las manos, y que no ignora ningun hombre medianamente versado en las letras, formaban el fondo de esos discursos pronunciados por los oradores que precedieron á de este año en el elogio de las ciencias. Estas entre tanto, como si fuera la última de que debieran acordarse, no recibían sino uno que otro latigazo, que de cuando en cuando les tocaba en esa completa y ciega reprobacion que se hacia de todos los trabajos intelectuales del siglo pasado. La filosofía de éste, era, pues, juzgada no con la imparcialidad y calma con que lo han hecho en nuestros dias Villemain y Barante, sino con toda aquella animosidad y pasión con que La Harpe en medio del fervor de su reciente conversion, y esgarrando tanto sus nuevas creencias como ántes habia adoptado ligeramente las

ideas contrarias, condenaba sin remisión á fines del pasado siglo, á sus antiguos amigos y camaradas. De fácil parece que de este escritor susceptible y bilioso iban á tomar los últimos oradores de premios del Colegio Seminario, los párrafos en que se desencadenaba sin discernimiento, aun contra los verdaderos títulos que su siglo podía alegar á la gloria y gratitud de la posteridad.

Por esta razón el orador de este año, que lo fué el Sr. D. Joaquín Ormaechea, nos sorprendió agradablemente desde el principio y en la exposición del plan, cuando por él vimos que se proponía seguir un rumbo diverso del de sus predecesores, y que había comprendido bien la misión que se le había confiado. Entre las diversas bonificas influencias que las ciencias ejercen, eligió por objeto de su discurso los socorros que prestan á la vida y salud del hombre, y los poderosos auxilios con que contribuyen á la perfección moral de la especie humana. Bello y bien elegido fué el plan que se propuso: la pronunciaci6n clara, desembarazada el modo de decir. Las ciencias en su oraci6n no se vieron como los años anteriores, comprendidas en la general reprobaci6n de todo un siglo, en el que en medio de grandes y finestros errores, nacieron tambien verdades fecundas en tiles aplicaciones y de resultados incalculables. Solo elogios quisieramos tributar al Sr. Ormaechea, aun cuando no fuera mas que porque supo sustraerse al mal ejemplo que en los años anteriores le habian dado los oradores que habian descompañado la misma tarea; pero la imparcialidad nos obliga á notar ligeramente algunos defectos que advertimos. El estilo en lo general nos pareció muy destituido de adornos y muy inferior al que conviene á un discurso académico; los hechos científicos que se recorrieron, fueron presentados casi en el mismo lenguaje y desmenuzados con que podía haberse hecho en la clase delante de los discípulos. Creimos notar tambien poco órten en las pruebas de la proposici6n adoptada, pasándose de un ramo científico á otro, sin la debida preparaci6n, y sin que el orador se hubiese formado un plan análtico de las diversas ciencias que forman el árbol de los conocimientos humanos, ni hubiese meditado detenidamente sobre su generaci6n y mutuo enlace. Esta falta de conexi6n se hizo en algunos casos muy perceptible, y en un momento en que el orador cedió una rápida ojeada sobre las maravillas que desplega la naturaleza á la vista del hombre, oímos reunidas consideraciones tan poco análogas entre sí, como lo son el admirable mecanismo del órgano de la vision, y la fosforescencia del Oceano.

Tambien nos pareció que hubo poca novedad en los hechos científicos que se eligieron pa-

ra mostrar los adelantos hechos en los conocimientos humanos, y la proposici6n que se quería probar; tal vez la lámpara de Davy fué el descubrimiento mas curioso que se mencionó, y por esto solo se conocerá que no fué la novedad en las noticias del carácter distintivo de la oraci6n de que nos ocupamos. En la parte en que se procuró manifestar el acuerdo que reina entre las sagradas letras y los hechos consignados por la ciencia, creemos que se eligieron objeciones claras; pero cuyas respuestas demandaban mayores desarrollos de los que permitian los límites del discurso. Acaso hubiera sido mas conveniente, puesto que no se andaba á caza de ideas nuevas, haber elegido en esa parte la historia del Génesis, y haber manifestado la admirable armonía que reina entre la relaci6n de Moises y los datos que la ciencia ministra. Acerca de la aerostacion notamos con estratagemas que se habló de la direcci6n dada á los globos, como de un descubrimiento ya hecho y enteramente seguro. Creemos que en esto hay alguna equivocaci6n: todas las empresas hechas con ese objeto han sido hasta hoy desgraciadas. Las noticias mas recientes, y de que acaso todavía no tenia conocimiento el Sr. Ormaechea al formar su oraci6n, que hablan del viaje hecho al traves del Atlántico, como nuevas de gaceta, necesitan todavía confirmaciones posteriores para merecer enter crédito; y ademas, un solo hecho no basta para colocar ese descubrimiento entre las conquistas seguras y pacíficas de la ciencia. Sin la direcci6n de los balones, la aerostacion no puede considerarse como un ramo científico, sino como un simple objeto de diversion y curiosidad. Estos son los lunares que creemos advertir en la oraci6n del Sr. Ormaechea: tal vez la lectura reformaría nuestro juicio, y acaso él es aventurado, pues lo formamos por las impresiones pasajeras de la pronunciaci6n. De todas maneras damos á dicho señor los mas sinceros parabienes, por haber vuelto á las oraciones de premios del Colegio Seminario á su territorio natural, del que en los últimos cuatro ó cinco años habian sido violentamente arrancadas.

Signió al discurso la distribuci6n de premios, precedida de una breve relaci6n sobre los trabajos literarios del año escolar que concluí. La persona encargada de leerla manifestó, como en los años anteriores, que ó no está versada competentemente en ese ramo de educaci6n primaria, ó era muy mala é ininteligible la letra en que estaba escrita la distribuci6n. A veces leía *segundo premio, por primero*; otra habló de una física por *Boillet*, que suponemos es la de *Pouillet*. De todas maneras es de esperarse que para el año próximo tomen los superiores eficaces providencias con el objeto

de que la distribuci6n de los premios sea mejor leída. El mismo honor y buen nombre de un establecimiento que cuenta con el aprecio público, demandan el que no se repitan equivocaciones tan graves, como la de llamar *Boillet* á un autor tan conocido como *Pouillet*. Recordamos que en años anteriores se dió, entre otros libros, de premio un Diccionario francés por *Chateaubriand*, que no era otro que el olvidado de *Sejournant*.

En la distribuci6n de premios de este año hubo de nuevo, el que ántes de concluirse, uno de los alumnos premiados¹⁾ pronunció una corta arenga en elogio del Ilmo señor arzobispo, que acababa de hacer la distribuci6n. Los encomios fueron muy abundantes, y se habló mucho de la protecci6n que dicho señor presta al colegio, la que acaso se reduce á asistir cada año á la distribuci6n de premios. Sentimos verdaderamente que en la juventud, en que se tienen ideas cesalladas de honor, de independencia, de dignidad, haya quien manche sus labios con elogios á personas vivas y presentes, sobre todo, si son inmerecidos, y creemos que los superiores encargados de la educaci6n pública, debían poner especial cuidado en desarraigat del cora6n de sus educandos una propensi6n que pueda conducir á escenas muy degradadas, y tener muy funestas consecuencias. Cuatro años largos lleva de consagrado el señor arzobispo, y en todo este tiempo, ni el Colegio Seminario, ni el Hospital de San Andrés, establecimientos que se hallan bajo su inmediata inspecci6n, han advertido la existencia del nuevo prelado; su carácter sagrado y verdaderamente respetable para nosotros, nos impide decir mas. Nosotros reconocemos en el Ilmo. señor Posada la ardiente caridad con que distribuye abundantes limosnas y con que socorre millares de infortunios; pero quisieramos que el Seminario y Hospital de San Andrés, tuvieran un lugar mas preferente en su solici tud paternal. ¡Ojalá y bien pronto tengamos que retractarnos de lo que aqui decimos, y publicar las reformas urgentes que se hagan en ambos establecimientos, y que tan imperiosamente exigen los graves é importantes fines de su instituto!—L. H. R.

1) Este premio lo ganó el Sr. D. Juan Gómez Navarrete, es del jovencito D. Jesús Echan, de edad de doce años, del cual hemos insertado otras composiciones ligeras en el tomo III. Los lectores notarán los adelantos considerables de este aplicado jóven, que sin duda llegará á ser un poeta distinguido.—RR.

A MARIA MADRE DE DIOS (*)

Acoge mi oraci6n, Virgen sagrada,
Acóge-la en tu seno bondadoso,

(*) Esta poesía, que nos ha sido remitida por el Sr. D. Juan Gómez Navarrete, es del jovencito D. Jesús Echan, de edad de doce años, del cual hemos insertado otras composiciones ligeras en el tomo III. Los lectores notarán los adelantos considerables de este aplicado jóven, que sin duda llegará á ser un poeta distinguido.—RR.

Escucha mi gemido doloroso
Que al cielo lanzo desde el mundo á tí.

Mira mi juventud con las pasiones
Brazo á brazo luchar; y dolorido
Sangre brotar el cora6n vencido
Tan sólo por un rasgo de virtud.

Por esa inspiraci6n que desde el cielo
En un rapto de gloria cayó al mundo,
Y que sonó de mí alma en lo profundo,
Y el límite llenó del cora6n.

Gloria buscando me lancé á la lucha
Entre hirvientes pasiones; y anhelante
La creí sostener, mas . . . un instante,
Y en un escollo el alma resbaló!

Y cayó la neblina de los cielos,
Y se estendió en mis párpados: la mente
La sentí devorar con fiebre ardiente,
Y quedó amortiguado el cora6n.

Y era el sarcasmo á mí dolor profundo,
El sentimiento como nieve yerto,
Y en toda el alma estaba el campo muerto,
Y ni una flor con que obsequiar á Dios:

Ni un solo pensamiento que no estaba
Manchado con el hábito fangoso:
En vano al templo me acerqué lloroso,
Que el cora6n me repelia de allí.

¡Por qué tal mutaci6n! Tú la comprendes
Mucho mejor que yo, Virgen del cielo,
Y puedes una gota de consuelo
Conseguir del Eterno para mí.

Yo . . . á pedir no me atrevo: han inclinado
Las pasiones al alma al bajo suelo:
Ni un pensamiento que ofrecer al cielo
Que no manchara su hábito fatal.

Ruega, Madre, por mí, mientras el polvo
Tocare con la frente confundida
Hasta que las oleadas de la vida
Me conduzcan al pié del ataúd;

Ó hasta que con tus ruegos, Madre mía,
Me sea dado elevar el pensamiento
A Dios, que por calmarne mi tormento
Murió, y alz6 en el Gólgota la cruz.—J. E.

Nunca se ha visto prosperar al árbol que demasiadas veces se trasplanta; ni á la familia que siempre se está mudando de casa. Tres mudanzas equivalen á un incendio. Guarda la tienda, y la tienda te guardará.

ESPAÑA.—FERNANDO E ISABEL.

VIGESIMO-QUINTO DISCURSO HISTORICO

Pronunciado por el Sr. Licenciado D. José María Lacuna, Catedrático de Humanidades en el Colegio de San Juan de Letran.

Los reinos de Castilla y de Aragón se habían reunido por el matrimonio de Fernando é Isabel, y quedaban en la península cuatro reinos independientes: el de estos reyes; el de Navarra; el de Granada, y el de Portugal: el monarca de este último había hecho algunos esfuerzos inútiles para colocar en el trono de Castilla á Juana, la hija putativa del monarca morisco; pero ellos no habían hecho más que consolidar el poder de Isabel: en Navarra reinaba Doña Leonor, hermana de Fernando, y el reino de Granada era el último resto del poder mahometano, al que los triunfos de los cristianos habían reducido á corto espacio. Un siglo hacía que Granada era continuo teatro de las guerras civiles; mas los moros, lanzados de provincia en provincia de la península, habían venido á encontrar asilo en Granada, trayendo sus artes y riquezas, y su valor y personas: así es que esta pequeña monarquía no merecía el desprecio de sus enemigos, y su capital era una de las ciudades más considerables de Europa.

En los primeros tiempos de su reinado, las disputas sobre su propia corona y el arreglo doméstico del gobierno, ocuparon á los reyes caudales: suscitóse la cuestión de cómo debían gobernarse los dos reinos unidos, pues se pretendía que cada soberano mandase esclavamente en el suyo: contestados los intereses cuanto fué posible en este punto, y arreglado si no á satisfacción, á lo menos sin reclamo de las partes, y hecha la paz con los príncipes cristianos, los esfuerzos de Fernando é Isabel se dirigieron á conseguir del todo el dominio mahometano en la península.

Abul-Hasen reinaba en Granada: este monarca se había distinguido en su juventud por su valor y su odio á los cristianos: habiendo mandado Fernando embajadores á requerirle para que pagase un tributo, Abul-Hasen respondió que «donde antes se acuñaba moneda, ahora se forjaban armas;» y señalando la punta de espada, «que en aquella moneda pagaría.» Esta respuesta fué una declaración de guerra, y Fernando juró el exterminio del poder árabe.

Comenzaron las hostilidades por una incursión que el marqués de Cádiz hizo en el territorio de Granada. Los moros sorprendieron á Zahara, ciudad cuya fundación colocada sobre una roca, parecía inexpugnable; y mataron ó redujeron á esclavitud á los habitantes. Los cristianos conquistaron por su parte á Alhama, y se vengaron en sus habitantes sobradamente de las crueldades cometidas en Zahara.

El rey de Granada, con 5,000 hombres de caballería y 50,000 de infantería, intentó recobrar á Alhama, que se consideraba como uno de los baluartes de la capital: los habitantes se defendieron con valor; y aunque los moros, después de muchas pérdidas, habían conseguido estrechar el sitio de un modo que hacía casi imposible ya la defensa, el duque de Medina Sidonia auxilió á los cristianos con un ejército, los mahometanos se vieron precisados á levantar el sitio, y Alhama recibió un refuerzo considerable de víveres y municiones: á la retirada del duque, los moros volvieron á sitiar la ciudad; pero la aproximación de Fernando les hizo levantar otra vez el sitio; y los cristianos, que avanzaron todo el valle de Granada, volvieron á Córdoba cargados de botín.

No siempre fueron tan felices los cristianos: al abrir de nuevo la campaña, sitió Fernando á Loja, ciudad sobre las faldas del Genil; pero el gobernador moro Ali-Azar la defendió esforzadamente, y el rey cristiano se vió obligado á una retirada en desorden; que fué más bien una derrota. Los cristianos, sin embargo, lejos de desanimarse, se entusiasmaron más para continuar la guerra, y los pueblos concedieron sus sitios voluntarios y gratuitos al soberano: los moros animados tambien por su parte, sitiaron á la tan disputada Alhama; pero sus esfuerzos fueron en vano delante de esta plaza, defendida entonces por D. Luis de Osorio, obispo de Jaén: Fernando mientras, llevaba la devastación hasta las puertas de la misma Granada.

La guerra civil se encendió entre tanto en el seno de esta. El pueblo miraba al rey Abul-Hasen como autor de las calamidades de que

mas bien era víctima, y murmuraba contra él. Una muger aceleró la explosión: era una princesa de Granada; el rey la había abandonado por una esclava griega á quien amaba con pasión, y la sultana temía que el rey hiciese parecer á sus hijos para colocar en el trono á los de la nueva familia. Conjuró al pueblo á que tomase la defensa de sus hijos, y escribió una sedición, en la que fué depuesto Abul-Hasen y coronado su hijo mayor Abul-Abdallah. El monarca destronado se retiró á Málaga, donde reinaba un hermano suyo, conocido por Zagal, para distinguirlo de su sobrino. Málaga y algunas otras ciudades permanecieron fieles á Hasen: el resto del reino reconoció la autoridad del nuevo soberano.

La guerra civil continuó entre ellos, sin disminuir su animosidad contra los cristianos; antes bien cada partido procuraba adquirir prestigio, distinguiéndose en hazañas contra los enemigos comunes, y alguna vez los cristianos fueron derrotados por el valor de los árabes. Un proyecto que formó Abul-Abdallah para apoderarse de Lucena, tuvo funestos resultados para él, pues derrotado por los españoles, cayó prisionero en sus manos. En esta acción murió Ali-Azar, el mas hábil de los generales sarracenos; desde simple soldado se había elevado por sus cualidades hasta el primer rango en la milicia, y terminó, combatiendo con valor y con gloria á los enemigos de su patria y de su religion, una vida de noventa años. Los moros en la consternación que les causó este revers, colocaron de nuevo en el trono á Hasen, aunque un partido poderoso conserraba su afecto al hijo.

Fernando se aprovechó de su trauco, despojando el territorio de Granada á la cabeza de 50,000 hombres. Queriendo dar nuevo aliento á la discordia, volvió la libertad al joven Abdallah, le hizo jurar fe y homenaje á la corona de Castilla, y le dio armas y dinero para que sostuviese sus pretensiones á hacerse la guerra á su padre. Después se apoderó de varias ciudades, y los moros reducidos á la última extremidad, determinaron coronar á Zagal, esperando que su prudencia y valor salvarían el trono. Así Hasen fué depuesto por segunda vez y encerrado en una prision, donde á poco tiempo murió; Zagal, para extinguir la guerra civil, que reputaba como la causa principal de las desgracias del reino, procuró destruir á su sobrino y su partido, y aunque no logró apoderarse del primero, no perdonó medio para ello, aun la traición, y ejerció grandes crueldades con la sultana su madre, y muchos de sus partidarios. Fernando apresuraba entre tanto sus preparativos de guerra, y se daban acciones entre las partes beligerantes, que conservaban la fortuna vacilante, aunque inclinándose á favor de los cristianos.

Abdallah había entrado secretamente en Granada y se había apoderado de un cuartel llamado Alhambra. Ocupaba este cuartel una de las colinas sobre que estaba fabricada la ciudad, y de separaban de ella fuertes murallas: así es que su posición era muy importante, y fué objeto de encarnizadas ataques dentro de las mismas calles de la ciudad; los hombres de buena fe procuraron poner fin á tantas calamidades, y Zagal se convenció, hasta ofrecer participar del poder á su sobrino, y proponerle, que reinasen los dos; pero éste se negó y la guerra continuó. Los cristianos echretamo adelantaban, apoderándose de ciudades importantes, y despojando el territorio de los sarracenos. Abdallah llegó en sus apuros, y situado en Alhambra á implorar socorros de Fernando, que le mandó un ejército de tropas y muchas municiones de guerra.

Los campos de la guerra, que se arrastraban á tomar la plaza de Vélez, que ya atacaban con un poderoso ejército y un tren considerable de artillería. Zagal determinó á todo para evitar la pérdida de esta fortaleza, que arrastraría en su caída á Málaga y á otras muchas ciudades, y marchó en persona á socorrerla, tomando la precaucion antes de salir de Granada, de poner en la Alhambra una fuerte guardia con el mayor zar las tropas que situaban en su soberanía los esfuerzos de los moros para socorrerla en una guerra inútil, y fueron que retirarse en desorden. Cuando llegó á la vista de Granada sintió el disgusto de saber que el pueblo le aguardaba como la fortuna, y que había colocado en el trono á Abdallah, y los habitantes de Vélez perdiendo la esperanza de ser socorridos, abandonaron la plaza algun tiempo después, ofreciendo capitulación venturosa. Como se había previsto, Málaga no pudo ya defenderse, y el valor de sus habitantes y subordinada resistencia solo les produjo que la ciudad fuese saqueada en el día de su rendición.

La guerra continuó haciendo caer una en pos de otra en poder de los cristianos. Las ciudades que obedecian á Zagal, aunque los vencedores tenían que luchar á un tiempo con la peste que desolaba la Andalucía, con un terreno cortado por multitud de cañales, en que el ejército muy frecuentemente se hallaba impedido, para sus manobras. Como los últimos restos del valor mahometano, que hacia los esfuerzos de la desesperación. Zagal al fin, después de varias derrotas, desesperando de poder conservar parte tiempo las pocas plazas que le quedaban, y odiando sobre todo á su sobrino, determinó entregarlas mas bien á Fernando. Este le recibió con las consideraciones debidas á su rango, y le consoló en su infortunio, dejando en su fortuna apesadumbrada por un particular.

El reino de Granada quedaba enteramente sub-

yugado, á excepción de la capital y de un corto territorio. Cuando Fernando tres años antes habia vuelto á Abdallah la libertad, éste se habia obligado á entregar la ciudad de Granada al rey cristiano, luego que tomase posesion del reino. Fernando envió ahora embajadores solicitando el cumplimiento de la promesa, y el rey moro le contestó que no tenia poder para entregarle á Granada, y que si sus súbditos llegaban á entender el tratado y la promesa, aun su propia vida correría peligro. No se pensó en consecuencia por ambas partes sino en la guerra.

La posición de Granada era fuerte, y el arte, aprovechando las ventajas de la naturaleza del terreno, habia prodigado cuanto parecía necesario para su defensa: una poblacion que los escritores menos exagerados calculan en 100,000 personas, y el ser el último asilo de los mahometanos, hacian su situacion respetable. El entusiasmo patriótico y religioso de los españoles les hizo conceder enormes subsidios á Fernando, en que rivalizaron el pueblo y el clero, y la presencia de la misma reina Isabel ante los muros de la ciudad sitiada vino á dar el lleno á la medida del espíritu caballeresco de este siglo, última guerra por la libertad nacional.

Fernando creyó que una ciudad tan bien fortificada, y cuya guarnicion estaba formada por un ejército entero, podría resistir á sus asaltos, y la sitió por hambre: hizo asolar todas las cercanías é incendiar las mieses, los viñedos y los árboles, convirtiendo en un desierto las campiñas antes tan fértiles. Entonces comenzó un ataque regular, y sus baterías hicieron un fuego continuo sobre el frente mas accesible de la plaza. La desesperacion inspiró á los sitiados muchas salidas; pero fueron rechazados en todas y no pudieron romper las líneas: reducidos por el hambre al estado mas lamentable, esperaban que el invierno haria levantar el sitio; pero los reyes católicos hicieron construir en su campo, en vez de tiendas provisionales de campaña, barreras sólidas de piedra y lodo y techadas con teja, como si hubiesen querido plantar allí una ciudad, y á esta poblacion dieron el nombre de Santa Fé. Los moros perdieron toda esperanza de ver alejarse al enemigo.

La ciudad sufría entre tanto inmensas calamidades, y los habitantes se amontonaron en frente de la Alhambra, cargando de maldiciones á su soberano, é imputándole ser la causa de sus padecimientos. Las provisiones estaban agotadas: no quedaba ya recurso alguno, y el acceso de sus males obligó á los mahometanos á mandar un parlamentario para pedir capitulacion. Fernando la concedió honrosa y equitativa, tan ventajosa, cual apenas podian esperarla los vencidos, siendo libre para éstos per-

manecer en España ó abandonarla, y el 2 de Egero de 1492 los reyes Fernando é Isabel hicieron su entrada triunfante en Granada, quedando así soberanos de toda España. Los vecinos en aquel dia de humillacion y no de triunfo para ellos, no se atrevian á abrir sus puertas, y lamentaban su desgracia en el seno de sus familias. Cuando la comitiva de los reyes adelantándose en las calles desiertas estuvo cerca del magnífico palacio de la Alhambra, Abul-Abdallah seguido de un corto número de caballeros, salió á su encuentro y entregó á Fernando las llaves del palacio y de las otras fortalezas de la ciudad. Quiso apearse del caballo; pero Fernando no lo consintió, y solo permitió que le besase el brazo derecho, lo que hizo diciendo con el acento de la humillacion:—"Tuyos somos, rey poderoso; te entregamos esta ciudad y reino, pues así lo quiere Alá, y esperamos que usarás de tu triunfo con generosidad." El vencedor acogió favorablemente al vencido, provyó á su seguridad y le aseguró una renta correspondiente á su rango. Fernando mandó al conde de Teudilla con algunas tropas á tomar posesion de la Alhambra, y los reyes con el resto del ejército permanecieron á las orillas del Genil, fijas sus miradas en aquella fortaleza, sobre cuyas almenas apareció pronto el conde plantando el estandarte de Castilla: la bandera de la cruz tremoló al mismo tiempo en las torres de palacio, y al verla Fernando é Isabel y sus tropas, se arrodillaron y lloraron en accion de gracias.

Al marchar al lugar de su residencia, Abdallah se detuvo sobre una altura para dirigir á Granada su última mirada. El aspecto de esta ciudad inmensa y del magnífico edificio de la Alhambra le arrancó lágrimas y le hizo esclamar: "O Dios poderoso!... No le permitió seguir el dolor: entonces la sultana su madre le dijo indignada: "Lora como una muger por esa ciudad, porque no has sabido morir como hombre." La opulencia y la hermosura de la Alhambra se desplegaron á los ojos de Fernando, y sobre la puerta de la sala que servia de tribunal y en otras muchas partes pudo leer esta inscripcion: "No hay otro vencedor mas que Dios." Estos monumentos de los tiempos de la grandeza de los sarracenos sobreviven á la gloria de sus monarcas, y hoy mismo demuestran su poder y alta civilization.

El triunfo de la libertad española era completo y estaban rotas todas las cadenas del yugo mahometano: desde siglos atrás los judíos, objeto de la persecucion de los cristianos, se habian refugiado á los reinos árabes, que les habian dado asilo y proteccion: ahora los moros apenas habian podido obtener proteccion ó mas bien to-

lerancia para ellos mismos, y los hijos de Israel se hallaban sin defensa ante el celo religioso intolerante del vencedor. Este les concedió seis meses para que ó abrasen la religion cristiana, ó saliesen del reino: la religion triunfó en ellos, y los mas pasaron con las riquezas que pudieron llevar, á la Africa. Su espulsion se cree haber sido un gran golpe á la poblacion é industria de España.

Entre las glorias de aquella época se encontraban los descubrimientos marítimos, y el reino de Portugal, que estrecho en la tierra habia extendido su poder hasta mares muy remotos, alentaba el deseo de las empresas marinas, y ofrecia riqueza y gloria á los aventureros. Cristóbal Colon, que se cree ser genovés, era uno de los hombres que desde su juventud habia dado pruebas de valor y pericia en las aguas. Circunstancias particulares, estudios continuados, y aun errores, le hicieron creer que habia un camino á las Indias Orientales navegando directamente al Poniente, mas fácil y mas corto que el descubierta despues por los portugueses, dando la vuelta á la Africa: poseido de su grande idea, pero careciendo de los medios necesarios para emprender por sí mismo el descubrimiento, ofreció sucesivamente á varios soberanos su ciencia, y en todos encontró la timidez de la ignorancia, y se le trató de loco visionario: el mismo Fernando de Castilla y Aragon fué uno de los incrédulos y de los que no quisieron ausiliar al sabio.

Tenias éste ya por desechado en España, cuando algunos personajes mas ilustrados, entre los que se distinguia el guardian de un monasterio, persuadieron á la reina Isabel á que debia aventurarse algo, para proteger las nuevas ideas de Colon, á obtener al menos el desengañado: la reina, que no encontró apoyo en su marido, tuvo que acudir al medio de empeñar sus alhajas para proporcionar un cortísimo armamento al atrevido navegante: encontró sin embargo quien le proporcionase el dinero sin tomar la prenda. Se llamó de nuevo á Colon, se arregló con él un contrato por el que se le nombraba virey de los paises que descubriese y almirante de las escuadras que se enviasen á aquellos mares, y se le concedia la octava parte de las utilidades, pues que se dice haber puesto la octava del capital. A los ocho meses despues de conquistada Granada, Colon se hizo á la vela en el puerto de Palos, con tres pequeños bajeles y ochenta hombres de tripulacion, á la vista de numerosos espectadores, que no creian en sus promesas y dudaban volverle á ver.

A poco mas de un mes, la expedicion dejó atras las islas Canarias, limites del mundo conocido, y se lanzó á los desiertos de mares desconocidos, no surcados antes, guiada solo por la

Providencia de Dios y la ciencia de Colon. El viento les favorecia, y Colon ocultaba y disimulaba á sus compañeros los cientos de leguas que avanzaban, para no desalentarlos; pero hacia tanto tiempo ya que navegaban sin descubrir tierra, que empezaron á alarmarse y se hablaban de volver á Europa y aun de arrojar al mar al hombre, que segun creian, les llevaba á una destruccion inevitable: el almirante consiguió sin embargo calmarlos, y continuó atravesando el mar. Los dias entre tanto se aumentaban, la tierra no parecia, y con aquellos se aumentaba tambien el descontento: algunas veces ilusiones ó indicaciones falaces de la proximidad de la tierra alzaban las esperanzas; pero el desengañó y el interminable mar les sumian de nuevo en la ansiedad y desesperacion: una nueva sedicion obligó al gefe á prometer, que si dentro de tres dias no se presentaba la costa volverian á Europa. Niegan algunos esta promesa, y dicen que Colon siempre resistió á los amotinados, que era inútil murmurar; que él habia de cumplir el objeto de los soberanos al darle aquel armamento, hasta que la voluntad de Dios les descubriese la tierra que buscaban.

Como quiera que sea, Colon tenia entonces una desconfianza descubierta y justa de la tripulacion, y su situacion se hacia cada vez mas desesperada. Afortunadamente las manifestaciones de la vecindad de la tierra al siguiente dia eran tales, que no debian lugar á duda. Algunas yerbas y ramas frescas, una fábula y un palo labrado artificialmente, anunciaban la tierra prometida.

Al mocheecer, despues de rezar la salve, como era costumbre, hizo el almirante á la tripulacion una alocucion, recomendándole la bondad divina que les habia conducido por aquellos mares desconocidos con tanta felicidad, y aun alentándoles de tiempo en tiempo hasta con ilusiones, para no desistir de su empresa y encontrar al fin la tierra que tan ardiente y trabajosamente buscaban. Les aseguró que esta no tardaria en presentarse: dictó precauciones para que no escollasen los bajeles, y prometió al primero que descubriese la tierra, ademas de la pension ofrecida por los reyes, un vestido de terciopelo.

Soplaba fuerte el viento, el mar estaba mas alto de ordinario, y los bajeles avanzaban con rapidez: nadie durmió en los navios, y cuando hubo oscurecido, el almirante se colocó en la parte mas alta del castillo de popa de su bajele, y desde allí buscaba solitario la mas ligera indicacion de tierra, penetrando con su mirada ansiosa el oscuro horizonte del Poniente. Como á las diez de la noche creyó ver repentinamente brillar una luz á mucha distancia. Te-